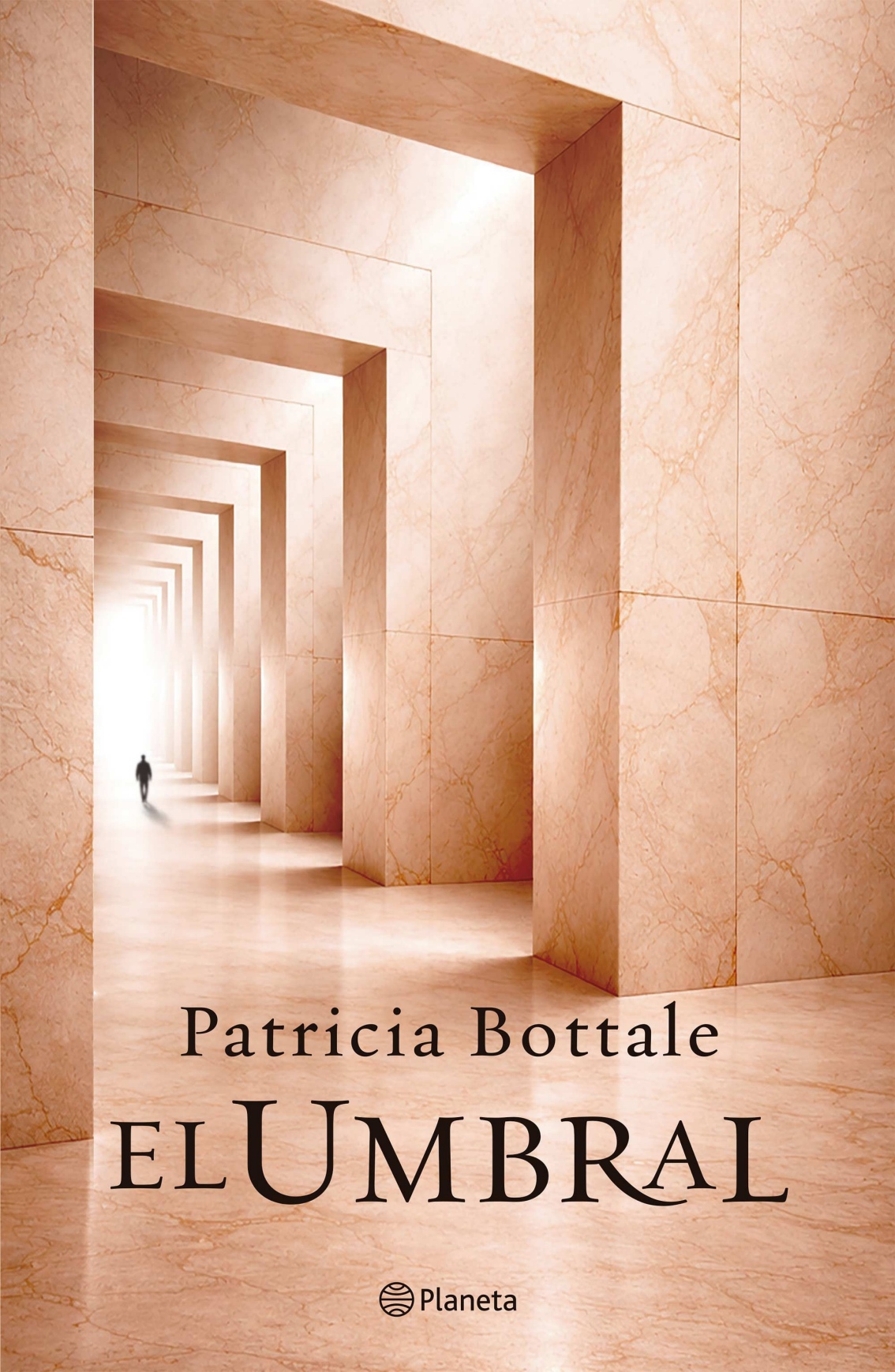




Patricia Bottale

EL UMBRAL

 Planeta

PATRICIA BOTTALE

EL UMBRAL

PARTE I

¿Ficciones?

El agujero

Como si quisiera arrastrar la historia hacia mí, invoco el rito del recuerdo, el derrumbe del duelo, el absoluto vacío, hacia el punto exacto donde me encontré de pie, sin conocer mi humana condición.

Era solo un agujero en la pared. Inofensivo, solo.

Me había esforzado tanto... Una vida de certezas en la que nos encontrábamos todos, seguros de transitar el más alto privilegio, el mayor destino: ser soldados de aquel inmaculado ejército. Aquella distinción posible se había convertido en el testigo permanente de cada día. Cumplir años, terminar la escuela, practicar deportes eran metas necesarias que nos conducirían hacia un único objetivo: lograrlo, pertenecer a las filas de los uniformados que sí eran imprescindibles para la patria.

Mi familia aún no poseía el honor de alguna baja con medallas por servicio, y Joseph, mi hermano mayor, solo había logrado entrar unos meses atrás. Su destino: Sachsenhausen, un campo de concentración que, como tantos otros, hospedaba políticos corruptos venidos a menos.

Una tarde de otoño, Joseph llegó fastidiado a la casa, había permanecido de guardia varias horas más de lo habitual. La llegada de camiones con cientos de prostitutas había puesto la noche de cabeza. Era inusual. En un principio, creyeron que se trataba de una redada inesperada, pero pronto comprendieron que se convertiría en una seguidilla de grupos para cautiverio. ¿Dónde iban a albergar a toda esa gente?

Enseguida se conoció que todos los campos soportarían condiciones similares, hasta que un día cualquiera, los recién llegados fueron mendigos o minusválidos.

Los soldados, ofuscados, obedecían, pero la queja no cesaba, eran demasiados y el trabajo se había intensificado y eso generó una decisión inmediata: llamar a filas a adolescentes, sin instrucción; estaban dispuestos y aprenderían con rapidez.

Las mujeres eran, en sí, un conflicto: varias de ellas intentaban prestar algún favor a cambio de una mísera compensación, y las más jóvenes desaparecían, lo que alteraba al resto, si esa información se filtraba. alguna solución debía implementarse.

Era solo un agujero en la pared. Inofensivo. Solo.

Las botas resbalaban sobre la tierra helada y pantanosa. La voz tronó con un frío metálico, era día de práctica. Solo dos semanas y mi cuerpo infantil ya estaba resentido. Sin embargo, estaba seguro de poder soportarlo. En una ocasión, había visto retirar hacia las barracas a varios compañeros para ser derivados a trabajos administrativos. También había observado el llanto o escuchado la obscena arcada del vómito. «Flojitos —repetía Joseph— no se aguantan el entrenamiento». Yo sería como mi hermano, fallarle a él era como fallarle a mi país, no lo defraudaría.

Aquella mañana me desperté aterido, no podía mover los músculos; aún no se veía el campo, la niebla y la oscuridad abrazaban la madrugada. Escuché las murmuraciones: debíamos colaborar con orden y disciplina, sin importar si comprendíamos o no el procedimiento.

Formamos una delgada fila dentro de uno de los barracones, en un corredor igualmente estrecho, que culminaba en una pared.

—El objetivo se fijará del otro lado —gritó, señalando el sucio muro—, ustedes solo deben disparar a la pelota gris que fijaremos dentro del agujero, y retirarse de inmediato para dar lugar al soldado siguiente, así todos pueden practicar. Los necesitamos precisos, certeros y responsables.

Yo recuerdo haber pensado que hubiese sido más fácil continuar con las prácticas al aire libre, aquel lugar

se encontraba poco iluminado y la redondez de la pelota podía desviar el tiro.

Solo era un agujero en la pared...

Cien veces me pregunté qué se esperaba de aquella experiencia, quizás agudeza visual o rapidez, ya que ni tiempo nos daban para ver cuándo el hueco se volvía a llenar. El muro, el redondo vacío... De este lado, un banquito para los menores de quince años, que todavía sostenían el arma con las esquivas manos de la infancia.

Así fueron transcurriendo los días, la llegada de los trenes no alteraba demasiado la rutina de aquel mundo cercado.

El miedo no me pertenecía, caminaba tranquilo a través del campo de formación, la cocina y las vías. Algunas veces, me quedaba a dormir en las barracas de los oficiales, cuando el camino se volvía intransitable por la lluvia o la nieve imprecisa del invierno, pero lo habitual era salir al atardecer, en el último camión, para regresar muy temprano al día siguiente.

Era solo un agujero en la pared. Inofensivo.

1940 no fue un año como otros: se respiraba victoria. Se reflejaba el triunfo en los rostros con la incorporación de las refinerías de petróleo y combustible de Ámsterdam y Rotterdam, como un valioso regalo. El pueblo aclamaba nuestros uniformes, y miradas de admiración femenina golpeaban mi timidez en franco retroceso.

Llegamos al campo a la madrugada, el gran juego de inteligencia, subordinación y sombras era quien nos

daba la bienvenida cada día, lo que favorecía, en nuestra memoria, las imágenes de grandeza por venir. La guerra está lejos, pensaba, y el esfuerzo por conectar las vivencias creaba una sutil conexión. La palabra «vencedores» sí se encontraba cerca. La euforia ensanchaba mis pensamientos: éramos mejores que cualquier otro ser humano; algo superior así lo había establecido, solo debíamos conservar ese valor y privilegio.

Las órdenes del capitán me volvieron a la realidad.

—Hoy debemos hacer las cosas con mucha rapidez, el trabajo se acumula, ¿no quieren regresar de noche, verdad?

De inmediato, recordé cuántas veces habíamos llegado de noche, cuando la madrugada se negaba a nacer y el día solo poseía seis horas de luz. Sonreí.

El corredor, siempre húmedo y helado, se nos estrechaba a cada paso, nuestros cuerpos crecían, aunque podía ver los nuevos chiquilines apurarse, con uniformes anchos como sus pechos, intercalándose, serios y orgullosos; los entendía tan bien...

La pared lisa y el agujero conocido, la pelota ya se encontraba en su lugar, asomada apenas. Inofensivo. Solo.

Cuando la hilera se organizó en una sola línea perfecta, comenzaron a sonar los disparos. Una y otra vez el agujero se oscurecía y se aclaraba con la luz del objetivo de la habitación contigua.

Cuando fui a colocarme, Joseph se me acercó despacio con una sonrisa triunfal dentro de su boca me-

nuda, lo que hizo demorarme. Hacía varios días que no lo veía, en toda la semana no había vuelto ni una vez a la casa.

—¡Mañana me envían al frente! Por fin voy a salir de este montón de mierda.

Miró hacia el piso, como si buscara la punta de sus zapatos. Creo que consideró decir algo más, pero decidió permanecer callado.

La luz se escapa detrás de una noche que promete ser tan cerrada como aquella madrugada de enero. Mis ojos ancianos tienen tatuado el agujero como si, de verdad, hubiese podido contener todo el dolor del hombre tras su circunferencia ennegrecida. Y mis brazos, hoy muy flacos, tienen la cobardía aún de revivir la tensión de cada músculo al sostener el arma y apuntar, con indiferencia, el blanco conocido.

Fueron las horas más frágiles que recordaré nunca; las horas en las que prometí a mi memoria no olvidar la náusea del terror y la sorpresa, la traición siempre blasfema, la síntesis de la miseria camuflada de idealismo, el adiós a toda forma de milagro.

El disparo hizo vibrar mis manos con el sonido sordo, pero esa vez, en lugar del hueco tantas veces observado en la penumbra, con la convicción del desperdicio de otra pelota pinchada, inútil, una viscosa sustancia inesperada corrió por la tela de mi uniforme.

Comprendí, durante el lapso de un segundo, que la maldad, con su óleo de certeras mentiras, poseía manos que midieron y construyeron ese agujero para que los muy jóvenes no supieran con qué practicaban. Si, eran demasiados, los trenes no dejaban de llegar. Primero fueron políticos, prostitutas, mendigos, inválidos; más tarde, judíos y más judíos y todos los judíos... Y aquel, no era un campo de exterminio. Hasta ese momento, las instalaciones de gas eran un privilegio de Auschwitz; Sachsenhausen no estaba preparado para los silencios de humo.

Algo se detuvo ese día. Se puede morir de muchas maneras. Desde ese instante, nada en mí pareció seguir vivo, solo quedó en mi cuerpo la sangre que salpicó mi inocencia; por mis venas comenzó a correr agua sucia como el barro que mordió nuestras botas tantas veces.

Mi castigo es haber sobrevivido, y cada uno de mis huesos continúa muriendo en la soledad sin perdón. Un rumor acechante viene en las madrugadas de invierno a buscarme, en un derrumbe de agonía sin final.

Era solo un agujero en la pared. Inofensivo. Y no eran pelotas... eran cabezas.